

CAPITULO II.

En los tiempos de revueltas y peligros suele haber intervalos de paz y buena voluntad, y asi acontecia en los siglos feudales, en que siendo la guerra la ocupacion principal y mas digna de los hombres, los descansos que la paz, ó por mejor decir, la tregua pro-

porcionaba, eran gustosamente saboreados por los guerreros, que tan de tarde en tarde los disfrutaban, dándoles mayor realce las mismas circunstancias que abreviaban su duración. No habia guerrero alguno que no relajase algun tanto su enemistad con un contrario que habia medido sus armas con él aquel mismo dia, y que estaba pronto á medirlas, con no menos encono, al dia siguiente. Sobrada ocasion daban los tiempos y las circunstancias al ímpetu de las pasiones violentas, asi que los enemigos se abandonaban alegremente al trato y al júbilo cuando se suspendian las hostilidades, á menos que los agriase el odio personal ó el recuerdo de alguna grave afrenta.

La diferencia de religion y el celo fanático que animaba á los que seguian la cruz y la media luna, solia ceder á la generosidad que es inseparable del valor verdadero, y que sobresalia en el espíritu caballeresco de aquellos siglos.

Este poderoso impulso se habia comunicado gradualmente de los cristianos á sus

mortales enemigos los Sarracenos de España y Palestina. No eran ya los Moros, aquellos fanáticos salvages que habian salido del centro de los desiertos de Arabia, con el sable en una mano y el Koran en la otra, á matar ó á propagar la fe de Mahoma, y á imponer cadenas ó tributos á los pueblos que osasen rehusar la creencia del profeta de la Meca. Asi lo habian hecho en verdad con los indefensos y pacíficos habitantes de Siria y de Grecia; mas cuando las hubieron con los cristianos de Occidente, á quienes animaba un celo no menos ardiente que el de los invasores, y que no les cedian en valor, en destreza ni en deseo de gloria, los Sarracenos adoptaron poco á poco sus usos y especialmente los ritos y prácticas de la órden de caballería, que tanto imperio ejercen en el ánimo de un pueblo orgulloso y conquistador. Hacian justas y otros juegos guerreros; tenian caballeros, ó á lo menos distinciones militares análogas á aquella institucion, y sobre todo guardaban la fe empeñada con una escrupulosa fidelidad, que á veces ser-

via de confusion y vergüenza á los que seguian la religion verdadera. Guardaban rigurosamente la tregua, ya fuese de nacion á nacion, ya de individuo á individuo; asi que la guerra, que es el mayor de los males, abria un vasto campo al ejercicio de la generosidad, de la buena fe, de la clemencia y aun de los sentimientos mas afectuosos. En épocas mas tranquilas, cuando las pasiones de los hombres agriados por el rencor ó por la injuria, no pueden reventar con tanta violencia como en el campo de batalla, se arraigan, se reconcentran, se perpetuan en los corazones que tienen la desgracia de darles abrigo.

El influjo de aquellas disposiciones benignas que suavizaban los horrores de la guerra, era el que habia aplacado el furor del caballero cristiano y del adalid sarraceno, los cuales poco tiempo despues de haberse esmerado en su mutua destruccion, caminaban sosegadamente hácia la fuente de los palmeros, á que se dirigia el del Leopardo dormido, antes que le saliera al paso su diestro

enemigo. Ambos marchaban silenciosos y pensativos, como si tomasen un respiro despues del encuentro que hubiera podido ser fatal á uno y otro. Tambien se notaba en los caballos la misma necesidad de descanso. El del Sarraceno sin embargo, aunque su ejercicio habia sido mas violento y mas extendida la escena de su lucha, no parecia tan oprimido por el cansancio, como el del caballero de Occidente. Corria abundantemente el sudor por todos los miembros de este, mientras los del animoso Arabe estaban ya completamente secos, sin notarse otros resultados de su última fatiga, que la espuma que salpicaba el freno y la gualdrapa. Era tan movediza la arena, que el pobre caballo del cristiano, oprimido por su pesado aparejo y por la carga del ginete, apenas daba un paso sin un penoso esfuerzo: asi que el caballero del Leopardo se desmontó, y á pesar de que el estorbo de la armadura no le permitia andar con mucha soltura, dejó ir solo al compañero de sus trabajos y luchar sin tanto inconveniente con los obstáculos que le ofrecia

aquel suelo menos consistente y sólido que la arena mas impalpable.

— Bien haces, dijo el Sarraceno, interrumpiendo el silencio que habian guardado los dos guerreros desde la celebracion de la tregua, ese fiel animal merece la atencion con que lo tratas; pero, ¿qué has de hacer en el desierto con un caballo que á cada paso planta los cascos en la arena á tanta profundidad como la raiz de un palmero?

— Tienes razon, respondió el cristiano, sentido de que el Sarraceno hubiese zaherido á su caballo favorito; hablas segun tus conocimientos é ideas. Mas antes de ahora ese generoso trotero ha caminado con el peso de su amo en su tierra natal, sobre un lago tan extendido como el que tenemos enfrente, y ni un solo pelo de su cuerpo estaba mojado.

El Sarraceno miró al cristiano con toda la sorpresa que cabia en su índole mesurada y gravadosa. El espeso bigote que le cubria el labio superior, se dobló suavemente á impulso de la desdeñosa sonrisa que le arrancó tan extraña proeza.

— Cierto es el refran de nuestra gente, dijo despues de una ligera pausa y de haber vuelto á tomar su serenidad acostumbrada; habla con un Franco y oirás una fábula.

— Falta de cortesía es, respondió el cruzado, dudar de la palabra de un caballero; y si no fuera porque tu incredulidad es hija de ignorancia y no de malicia, este seria el punto en que se rompiese la tregua que hemos pactado. ¿Piensas que te engaño cuando te digo que quinientos caballeros cristianos, armados de malla como yo lo estoy ahora, hemos caminado á caballo muchas millas por agua endurecida como el cristal y diez veces menos quebradiza?

— ¿Qué estás diciendo? repuso el musulman. Ese mar que tenemos á la vista, ha recibido la maldicion de Dios y de sus resultas arroja á la costa cuanto cae en su seno. Pero ni el mar Muerto, ni ninguno de los siete océanos que bañan la tierra, sufrirá en su superficie la huella de un caballo. Acuérdate de Faraon y de su hueste, en el paso del mar Rojo.

— Hablas, dijo el caballero, como quien no ha salido jamas de estos climas tostados por los rayos del sol, y yo hablo como quien ha sido testigo de otros portentos de la naturaleza. Asi como en estos paises el calor da á la tierra lá movilidad y la ligereza del agua, asi en otras partes el frio da al agua la dureza de la roca. Mas no hablemos mas de esto, porque el recuerdo de un lago revestido de la pompa del invierno, en cuyo azulado y refulgente espejo se retratan las brillantes estrellas y los albos destellos de la luna, aumenta el horror de este triste desierto, donde el aire que se respira es mas ardiente que el vapor del horno mas encendido.

El Sarraceno dirigió atentamente la vista al cristiano, como si quisiera descubrir el sentido de las palabras que habia pronunciado y que le parecian envolver algun misterio ú artificio. Al fin rompió el silencio, habiendo fijado su irresolucion acerca del sentido en que debia tomar las expresiones de su compañero.

— Tú eres, dijo, de una nacion festiva y risueña. Es fama, que los caballeros franceses se divierten entre sí y con los extraños, en referir hazañas que estan fuera del alcance de las fuerzas del hombre; sucesos que nunca han ocurrido ni podido ocurrir. La exageracion es mas natural entre vosotros que la verdad. He hecho mal en entrar en conversacion contigo.

— No soy caballero frances, repuso el del Leopardo, ni he seguido jamas esa costumbre de que hablas y que en efecto tienen. Cuando hablo de alguna hazaña es porque puedo acometerla y llevarla al cabo. Mas he imitado el poco seso de aquellos caballeros en referir lo que es cierto y verdadero, y que tú, por falta de conocimientos, no puedes creer. Dejemos pues esta conversacion, que ha dado lugar á que me tengas en concepto de falso y ponderador.

Al terminar este discurso, los dos caminantes llegaron al bosquecillo de palmeros y á la fuente que esparcia á su sombra su desordenada y bulliciosa corriente.

Como las treguas de los guerreros de Palestina suspendian agradablemente los males de la guerra, así aquel manantial rodeado de belleza y de frescura recreaba la imaginación en medio de la triste desnudez del desierto. Era por cierto una escena poco digna de atención en cualquiera otra parte del mundo; mas bien podía llamarse paraíso, en medio de un horizonte sin límites, el grupo solitario de árboles que ofrecía sombra y agua al cansado y sediento caminante. Alguna mano generosa y caritativa había cubierto de techo y muro la fuente antes que empezasen los días aciagos de Palestina, á fin de que no la secase el calor, ni la sepultasen las nubes de arena que el menor soplo de viento levanta en el desierto. La bóveda estaba deshecha en parte y arruinada; mas aun se conservaba lo bastante para que los rayos del sol que se esparcían con insufrible resplandor en torno, respetasen las aguas, cuyo lecho cristalino deleitaba la vista y la fantasía. El manantial salía de debajo del arco, de donde pasaba á una gran taza de mármol,

degradada por la mano del tiempo; mas era grato considerar que aquel sitio había sido destinado al reposo de los viajeros, y que el trabajo del hombre se había empleado allí en aliviar sus propios males. El que llegaba á la fuente afligido por la sed y por el cansancio, se acordaba de los que le habían precedido en aquellas penalidades; de los que habían encontrado refrigerio y solaz en aquel sitio, y salido quizás de él para una región mas fértil y placentera. La corriente que se desprendía de la taza de mármol, alimentaba á los árboles que la cubrían con su follaje, y se perdía despues en la arena, señalando el curso de sus ondas con una alfombra de césped menudo.

Los dos guerreros hicieron alto en aquella agradable mansión, y cada uno siguiendo los usos de su respectivo país, se empleó inmediatamente en aligerar el caballo del peso del freno y de la silla, y en darles de beber, antes que ellos mismos aplacasen la sed que los molestaba. Dejaron en seguida sueltos á los dos animales, sin miedo de que abandonasen

la yerba de que allí solo podían gozar, y confiados además en la fidelidad y obediencia que habían adquirido en su servicio.

Hecho lo cual, cristiano y sarraceno se sentaron juntos sobre la yerba, y cada cual sacó la reducida provision de que se había apercebido para el necesario alimento; mas antes de empezar á pagar el tributo á la naturaleza, se estuvieron algun rato mirando y examinando recíprocamente, con la curiosidad que les había inspirado el lance de su encuentro. Era natural que cada uno de ellos deseara medir la fuerza y tener alguna idea de la índole de tan formidable adversario, de cuya investigacion resultó que cada cual formase la mas alta opinion de su enemigo.

El contraste que formaban los dos campeones en sus facciones y talante, era en extremo notable y curioso, y cada uno de ellos ofrecia un tipo perfecto de la nacion á que pertenecia. Era el Franco fornido y membrudo; sus formas parecian haber sido vaciadas en el molde comun de la gente goda, como lo denotaban tambien sus negros ca-

bellos, que cuando se despojaron del pesado yelmo se esparcieron por el cuello en encrespados risos. El rostro habia adquirido de resultas del calor del clima, un tinte algo mas oscuro que el que prometian los grandes ojos azules y el color del bigote que ocultaba enteramente el labio superior. Era la nariz derecha y bien proporcionada á guisa de estatua griega; pequeña la cabeza y graciosamente asentada.

No representaba mas que treinta años de edad, y aun podia presumirse que hubiera representado menos, si no fuera por el influjo del clima y por los efectos de los trabajos y penalidades de la guerra. Era alto, robusto, atlético en su porte, como un hombre que va llegando á la edad de adquirir un vigor irresistible, pero que hasta entonces gozaba de no menos fuerza que ligereza y actividad. Notábase en su lenguaje y en sus movimientos la expresion franca y á veces dura y violenta que trae consigo la ocupacion de las armas. El tono de su voz era de un hombre mas bien acostumbrado á man-

dar que á obedecer, y que no se para en decir todo lo que piensa sin curarse de quien le oye.

El emir sarraceno era en su aspecto y en el dibujo de su persona muy diferente, ó por mejor decir, enteramente opuesto al adalid cristiano. Era su estatura mas que mediana, puesto que solo le llevaba tres ó cuatro dedos el cruzado, cuya talla, como hemos dicho, era gigantesca. Sus delgados miembros, aunque proporcionados al aire que dominaba en toda su figura, no parecían corresponder al vigor y elasticidad de que habie hecho alarde en el encuentro con su antagonista; pero observado mas atentamente, se notaba que si carecia de aquella redondez mórbida y elegante de los hombres llenos y carnudos, la armazon de sus sólidos huesos, despojada de todo embarazo y peso inútil, era sumamente apta á los ejercicios violentos y á la fatiga, mucho mas que la del otro campeón, cuya fuerza alcanzaba hasta donde el peso lo permitia, y que solia agotarse de resultas del mismo impulso que la ponía en

movimiento. En toda la persona del musulman se echaba de ver la mas perfecta semejanza con la tribu oriental de que descendia, y demostraba cuan exageradas eran las descripciones y cuan fabulosos los retratos que de los guerreros infieles solian hacer los romanceros y pintores de aquel siglo. Sus facciones aunque pequeñas, no eran desproporcionadas ni comunes; era la tez del color correspondiente al efecto del ardoroso clima en que vivia, y el rostro terminaba en una barba larga y poblada, peinada con esmero. Sus ojos eran penetrantes, negros, agudos y hundidos, y la blancura de los dientes podia compararse á la del marfil del desierto. En fin las proporciones y persona del Sarraceno, puesto al lado de su poderoso enemigo, ofrecian el mismo contraste que la aguda y corva cimitarra del uno con la larga y anchurosa espada goda del otro. El emir se hallaba en la flor de los años, y si no fuera por la poca extension de su frente y la sobrada pequenez de algunas de sus facciones, merecia el dictado de hermoso, segun las ideas que rei-

nan en Europa sobre las dotes que constituyen la verdadera hermosura.

Los modales del guerrero de Oriente eran graves, apacibles y comedidos aunque indicaban en ciertos casos la sujecion habitual que suelen imponerse los hombres de temperamento ardiente y colérico, para comprimir los ímpetus vehementes de la pasion. Al mismo tiempo notábase que conocia su propia dignidad, como si exigiera de los otros la deferencia y formalidad que creia merecer.

Quizas no estaba menos penetrado de su superioridad el caballero del Leopardo, mas lo demostraba de muy diferente modo que su nuevo amigo, y el mismo sentimiento que dictaba al cristiano la prontitud, el descuido, la franqueza de sus salidas, como quien está saísfecho de su propia importancia, y no va en pos de la aprobacion ajena, prescribia al Sarraceno un comedimiento mas estudioso y mayor esmero en el ritual de la ceremonia. Ambos eran corteses; empero la cortesía del cristiano nacia de la llaneza decorosa con que se creia autorizado á tratar á los otros,

y la del musulman de la alta estima que pensaba merecer por sí mismo.

La provision que los dos guerreros habian hecho para reparar sus fuerzas y mantenerse durante el viaje era parca y sencilla, aunque la del Moro lo era en demasía y ya tocaba en la raya de abstinencia. Un puñado de dátiles y una costra de negro y duro pan de cebada bastaban á satisfacer el hambre del último, porque su educacion le habia acostumbrado á la dieta del desierto, no obstante el lujo y suntuosidad que se habian introducido en la vida sobria de los Arabes, desde que los soldados de Occidente habian puesto el pie en Siria. Su bebida se redujo á algunos tragos de la fuente á cuya orilla estaba reposando. El banquete del cristiano, aunque tosco, era algo mas nutritivo. Formaba su parte principal una cabeza de javalí fiambre, manjar que los sectarios de Mahoma no pueden mirar sin abominacion; y su bebida contenida en una bota de cuero, era algo mas espirituosa que la linfa pura de la corriente. Comió con mas apetito y bebió con mas satisfaccion que